

gaciones, sino entregarse á su inquietud, y satisfacer sus injustos deseos.

Pero me preguntareis, ¿en qué consiste el orden que debe arreglar la medida de nuestras ocupaciones, y santificar el buen uso del tiempo? Consiste primeramente en ceñirse á las ocupaciones propias de nuestro estado; en no apetecer los puestos que las aumentan; y en no contar entre nuestras obligaciones los cuidados y los estorvos que nos forma, ó la natural inquietud, ó nuestras pasiones; en segundo lugar, en atender entre todas nuestras ocupaciones, como á las mas esenciales y privilegiadas, á aquellas que se ordenan á nuestra eterna salud, por mas desasosegada que sea nuestra situacion.

Dixe primeramente, que no debemos contar entre las ocupaciones que santifican el buen uso del tiempo aquellas que nos forma solamente la natural inquietud, ó las pasiones por sí solas.

La inquietud: Todos queremos huir de nosotros mismos, y no hay cosa mas triste para la mayor parte de los hombres, que el hallarse solos consigo mismos, y haber de tratar con su propio corazon: Como nos dejamos arrastrar de la vanidad de las pasiones, como nos hallamos manchados con mil conexiones pecaminosas, como mil deseos ilicitos ocupan todos los movimientos de nuestro corazon, quando nos consideramos á nosotros mismos no hallamos mas que una respuesta de muerte, un funesto vacío, remordimientos crueles, pensamientos melancolicos, y reflexiones tristes; y así buscamos en la variedad de ocupaciones, y en las distracciones continuas, el olvido de nosotros mismos: Tenemos miedo al tiempo desocupado, como ocasion de tristeza; y creemos hallar en el desorden y multitud de cuidados exteriores aquella feliz embriaguéz, que hace que caminemos sin vernos, y que no sintamos el peso de nosotros mismos.

¡Pero ay! Nosotros nos engañamos; la tristeza sola-

men-

mente se halla en el desorden, y en una vida llena de inquietudes, en la que ninguna cosa está en su lugar; y viviendo de este modo somos molestos á nosotros mismos; continuamente estamos buscando nuevas ocupaciones, y el disgusto hace inmediatamente que nos arrepintamos de haberlas hallado; continuamente mudamos de situacion para huir de nosotros mismos, y en todas partes estamos en nuestra propia compañía: En una palabra; en toda nuestra vida no hacemos mas que buscar diversos artificios para evitar la molestia, y estos se convierten en desgraciados medios de hallarla en todas partes. Necesariamente se ha de hallar el fastidio en todas aquellas cosas en que no se halla el buen orden; y en vez de servirnos de remedio una vida desordenada y llena de inquietudes, ella misma es la mas universal y mas fecunda raíz de todas nuestras molestias.

Las almas justas que viven arregladamente, que no se gobiernan por genio ni por antojo, que tienen bien ordenadas todas sus ocupaciones, que gastan todos los instantes del tiempo segun la ley y voluntad del Señor que las dirige, hallan en el buen orden el remedio para todas sus tristezas. Aquella prudente uniformidad en la práctica de las obligaciones, que tan enfadosa parece á los ojos del mundo, es la raíz de su alegría, y de aquella igualdad de genio que con nada se altera. Nunca les estorva el tiempo presente, porque le tienen destinado á ocupaciones arregladas; no cuidan del tiempo venidero, porque ya tienen señaladas para él nuevas obligaciones; no tienen que sentir la ociosidad por la variedad de ocupaciones que se suceden unas á otras; los dias les parecen instantes, porque tienen colocados cada uno de los momentos en su lugar; el tiempo no les molesta, porque ya le tienen arreglado; y en la buena disposicion de una vida uniforme y ocupada, hallan aquella paz y aquella tranquilidad que buscan en vano los demás hombres en el desorden, y en las continuas inquietudes.

La inquietud, al mismo tiempo que aumenta nuestras ocupaciones, nos entrega á la molestia y al disgusto, y no por eso santifica la ocupacion del tiempo; porque si los instantes que no se arreglan segun la disposicion de Dios son instantes perdidos, por mas ocupados que estén; si la vida del hombre debe ser una vida prudente y arreglada, en la que cada ocupacion debe tener su lugar fijo, ¿qué cosa puede haber mas opuesta á este género de vida, que aquellas circunstancias y aquellas continuas variaciones, en que la inquietud nos hace pasar el tiempo? Y así, católicos, las pasiones que nos ponen en un perpetuo movimiento, no nos forman ocupaciones mas legítimas.

Bien sé, católicos, que solamente en cierta edad de la vida parece que nos ocupamos en cosas frívolas, y en los placeres; que luego suceden al ocio, y á las diversiones de las primeras costumbres, unos cuidados mas serios, y unas ocupaciones mas sólidas; y que despues de haber pasado la juventud en la pereza y en los deleytes, se dedican los años mas maduros á la patria, á la fortuna, y á nosotros mismos; pero tambien en esto nos engañamos: Confieso, que somos deudores de nosotros mismos al Estado, al Monarca, y á los cuidados públicos; que la religion pone en el numero de las obligaciones que nos señala, el zelo del servicio del Soberano, y de los intereses y gloria de la patria; y que este amor, por sí solo, sabe formar vasallos fieles, y ciudadanos dispuestos á sacrificarlo todo por la causa comun; pero la religion no quiere que nos arrojemos temerariamente á los cuidados públicos por pura vanidad y ambicion; que nos valgamos de todo género de medios, de artificios y pretensiones para conseguir aquellos puestos, en los que siendo deudores de quanto somos al público, no nos queda tiempo para cuidar de nosotros mismos. La religion quiere que tengamos miedo á estos puestos tan llenos de ocupaciones, que ascendamos á ellos contra nuestro

tro gusto y temblando, quando nos llama la disposicion de Dios, y la autoridad de nuestros Superiores; y que nuestra propia eleccion prefiera siempre la seguridad, y el sosiego de un estado privado, al peligro y resplandor de las dignidades y puestos distinguidos. ¡Ah, católicos! Hemos de vivir tan poco tiempo en la tierra, y está tan proxíma la salvacion ó condenacion eterna que esperamos, que todos los demás cuidados, fuera de éste, debieran sernos tristes y pesados, y todo lo que nos distrae de este gran negocio, para el que solamente se nos ha concedido un corto número de dias, debiera parecerarnos una gran desgracia: Esta no es puramente máxima de un genio mystico, sino la principal de la fé, y el fundamento del christianismo.

Con todo eso, la ambicion, la vanidad, y todas nuestras pasiones son causa de que no podamos sufrir una condicion privada; lo que mas tememos en la vida, y principalmente en la Corte, es un destino que no nos saque de nuestra esfera, y que no nos adelante á los demás; no consultamos ni el orden de Dios, ni los fines de la religion, ni los peligros de los puestos grandes, ni la felicidad que descubre la fé en un estado tranquilo y privado, en el que solamente somos responsables de nosotros mismos. Tampoco contamos con nuestros talentos, ni consultamos mas que á nuestras pasiones, y al insaciable deseo de adelantarnos á nuestros proximos: Queremos parecer en el teatro, y hacer en él un papel distinguido, siendo todo una escena que se ha de acabar mañana, y de la que no nos ha de quedar otra cosa verdadera mas que el trabajo pueril de haberla representado. Quanto mas rodeados están los puestos de ocupaciones y negocios, mas dignos nos parecen de nuestras ansias. Quisieramos serlo todo: El sosiego, de que tanto aprecio hacen las almas fieles, nos parece vergonzoso: Todo lo que nos divide entre nosotros y el público, todo lo que dá á los demás hombres un absoluto dere-

cho sobre nuestro tiempo, todo lo que nos precipita en un abismo de cuidados é inquietudes, lo que nos granjea el crédito, el favor, y la estimacion, nos mueve, nos atrae, y nos saca fuera de nosotros mismos: Y así, la mayor parte de los hombres se forma inconsideradamente una vida tumultuosa ó inquieta, que Dios no les pide; y buscan con ansia unos cuidados, en los que solamente pueden vivir con seguridad quando el orden de Dios se los proporciona.

A la verdad, muchas veces oímos quejarse á los hombres de las infinitas inquietudes, inseparables de sus cargos, suspirar por el descanso, envidiar la suerte de un estado tranquilo y privado, y repetir continuamente que ya sería tiempo de vivir para sí, despues de haber vivido tanto tiempo para otros; pero esto pára solamente en discursos; parece que gimen con el peso de los negocios, pero sentirian mucho mas el peso del descanso, y de una condicion privada; han empleado una parte de su vida en solicitar el tumulto de los cargos y empleos, y gastan la otra en quejarse de la desgracia de haberlos conseguido. Este es el idioma de la vanidad; quisieran manifestarse superiores á su fortuna, y no lo son al menor revés, ni al mas leve contratiempo que los amenaza. De este modo, solamente nuestras pasiones nos forman estorvos y ocupaciones que no nos pide Dios, y nos quitan un tiempo cuyo valor no conoceremos, hasta que hayamos llegado á aquel último momento en que se acaba el tiempo, y empieza la eternidad.

Aún mas; si en medio de las infinitas ocupaciones anexas á vuestro estado mirarais, católicos, como las mas privilegiadas, las que se ordenan á la salvacion, repararais á lo menos en algun modo la distraccion de aquella parte de vuestra vida que ocupan los cuidados del mundo y de la tierra; pero hasta en esto es deplorable nuestra ceguedad; no hallamos tiempo alguno para pensar en nuestra eterna salud; todo el tiempo que dedicamos al

ser-

servicio del Principe, á la fortuna, á las obligaciones del empleo, á los cumplimientos de nuestro estado, á los cuidados del cuerpo y del adorno, á la amistad, á la sociedad, al descanso, y á las costumbres introducidas, todo este tiempo nos parece esencial é indispensable; no nos atreveriamos á contar con él para nada, ni cercenar un instante; le alargamos aún mas allá de los límites de la razon y de la necesidad; y como la vida es tan corta, y los dias tan rápidos que no alcanzan para todo, cercenamos de este tiempo los cuidados de nuestra salvacion, y entre la multitud de nuestras ocupaciones siempre sacrificamos aquellas que debieramos consagrar á la eternidad. Si católicos, en vez de ahorrar algun tiempo de nuestro descanso, en vez de evitar aquellas ocupaciones que multiplica la ambicion, aquellos cumplimientos que ha introducido la ociosidad, aquellos cuidados de un vano adorno, que ha hecho tan inmensos la moda y la sensualidad; en vez de apartar cada dia algun tiempo de estos cuidados para pensar en nuestros intereses eternos, apenas dedicamos á esto algunas cortas reliquias de tiempo, que por casualidad se escapan á los cuidados del mundo y de los placeres, algunos rápidos instantes que no pueden servir para el mundo, que acaso nos sirven de estorvo, y no podriamos emplearlos en otras cosas. Mientras el mundo nos ocupa, mientras se presentan diversiones, ocupaciones, cumplimientos, é inutilidades, nos entregamos á ellas con gusto; despues de haber acabado con todas estas cosas, y quando ya no sabemos que hacer, entonces dedicamos á algunos tibios ejercicios de religion, aquellos ratos perdidos que nos dexa el cansancio de los negocios, ó la falta de deleytes; estos ratos, propiamente hablando, mas son descanso que nos concedemos á nosotros mismos, que tiempo que gastamos en pensar en Dios; son un intervalo que ponemos entre el mundo y nosotros, para seguir con mas gusto en los negocios profanos, y respirar un poco de la

fa-

fatiga, del disgusto, y del fastidio que nos ocasionaria la vida del mundo y de los deleytes, si se continuára sin intermision, y llegára á aquel exceso que es principio de la molestia y fastidio.

Ved aqui, católicos, en lo que emplean el tiempo aún aquellas mismas personas que se tienen por virtuosas, particularmente entre los Cortesanos; toda su vida es una culpable preferencia que dán á el mundo, á la fortuna, á los cargos, á los placeres, y á los negocios respecto del que mas les importa, que es su salvacion. Tienen ocupado todo el tiempo, porque le gastan con sus Gefes, con sus empleos, con sus amigos, con sus gustos, sin que nada les quede para Dios, ni para la eternidad. Parece que el tiempo se nos ha concedido primeramente para el mundo, para la ambicion, para nuestros cargos, y para los cuidados de la tierra, y que si despues de esto nos queda algo, hacemos un gran servicio á Dios en emplearle en pensar en nuestra eterna salud.

¡Gran Dios! ¿Acaso nos habeis puesto en la tierra para otra cosa mas que para que merezcamos gozaros eternamente? Quanto hacemos por el mundo perecerá con el mundo; pero lo que hacemos por Vos permanecerá siempre: Todos los cuidados de la tierra no tienen mas objeto que el agradar á unos dueños, que muchas veces son ingratos, injustos, dificiles de contentar, gentes de poco poder, y que no pueden hacernos felices; los respetos que os tributamos á Vos, ¡oh Dios mio! se dirigen á un dueño, y un Señor fiel, justo, misericordioso, omnipotente, y el único que puede recompensar á los que le sirven; los cuidados de la tierra, por mas elevados que sean, siempre son agenos de nosotros, y ni aún son dignos de nuestra atencion; no fuimos criados para ellos, solamente los debemos mirar como de paso, para cumplir con los vínculos percederos que nos los ordenan, y con que vivimos unidos á los demás hombres; solamente los cuidados de la eternidad son dignos de

de la nobleza de nuestras esperanzas, y llenan la grandeza y dignidad de nuestra suerte. Aún mas, ¡oh Dios mio! todos los cuidados, menos los de la salvacion, son profanos é impuros; no son mas que unas inquietudes vanas, esteriles, y casi siempre pecaminosas; y solamente pueden santificarse unidos con los cuidados de la salvacion; de este modo adquieren la realidad, la elevacion, el precio, y el mérito que no tienen en sí mismos. ¿Qué mas diré? Todos los demás cuidados nos despedazan, nos inquietan, nos turban y molestan; pero los respetos que os tributamos dexan una verdadera alegria en nuestro corazon; nos confortan, nos sosiegan, nos consuelan, y aún suavizan las penas y amarguras de los cuidados del mundo. Finalmente, nosotros somos deudores á vuestra Magestad, ¡oh Dios mio! antes que á nuestros dueños, á nuestros inferiores, á nuestros amigos y parientes; Vos, Señor, teneis el mejor derecho sobre nuestro corazon, y sobre nuestro entendimiento, que son dones de vuestra liberalidad, y así debemos emplearlos en Vos ante todas cosas; antes fuimos christianos que Principes, vasallos, hombres de república, ó qualquiera otra cosa de la tierra.

Acaso me direis, católicos, que estais persuadidos á que servís á Dios, que cumplís con toda la justicia, y que trabajais para vuestra salvacion cumpliendo con las penosas é infinitas obligaciones de vuestro estado; está muy bien; pero es preciso cumplir estas obligaciones caminando por el camino del Señor, gobernandose por unos motivos de fé, y por un espíritu de religion y de virtud. Dios solamente aprecia lo que se hace por su Magestad. Entre nuestras penas, entre nuestros trabajos, sumisiones y artificios, solamente acepta los que ordenamos á su gloria, y no á la nuestra; y nuestros dias solamente están llenos á su vista, quando están llenos para la eternidad; todas las acciones que no tienen mas objeto que el mundo, que el resplandor que proviene de la tier-

tierra, que una fortuna precedera, por mas alabanzas que nos grangeen de parte de los hombres, por mas que nos eleven á los mas altos grados de grandeza, y de reputacion acá en la tierra, nada son en la presencia del Señor, ó no son mas que diversiones pueriles indignas de su atencion.

¡Ah católicos! ¡Qué distintos son los juicios de Dios de los del mundo! En el mundo se llama vida feliz una vida llena de fama, en la que se cuentan grandes acciones, haber ganado victorias, haber concluido negociaciones difíciles, gobernado con acierto grandes empresas, mantenido con honor ilustres empleos, adquirido por medio de importantes servicios, y exercido con gloria dignidades eminentes; una vida que pasa á las historias, que llena los públicos monumentos, y cuya memoria se ha de conservar hasta las mas remotas edades; esta es una vida feliz segun el mundo; pero si en todas estas cosas hemos atendido mas á nuestra propia gloria que á la de Dios, si no se ha tenido otro fin mas que levantar un edificio precedero de grandeza en la tierra, por mas gloriosa que haya sido nuestra carrera á vista de los hombres, en la presencia de Dios es una vida perdida; por mas que hablen de nosotros las historias, serémos borrados del libro de la vida, y de las historias eternas; por mas que nuestras acciones sean la admiracion de los siglos venideros, no estarán escritas en las inmortales columnas del templo celestial. *Et in scriptura domus Israel non scribentur.* (a) Aunque representemos un grande personage en la escena de todos los siglos, serémos en los siglos eternos como los que nunca han existido; aunque nuestros títulos y dignidades se conserven en el marmol y en el bronce, como estarán escritas por mano de los hombres, perecerá con ellos, y solamente durará tanto como el mismo Dios lo que su inmortal dedo hubiese escrito. Aunque

(a) *Ezech. 13. v. 9.*

nuestra vida se proponga como modelo á la ambicion de nuestros descendientes; como no tiene mas realidad que las pasiones de los hombres, luego que no haya pasiones, y que se acaben los objetos que las fomentan, se acabará esta vida, y se volverá á reducir á la nada con el mundo que la habia admirado.

Y sino decidme, católicos, ¿quereis que en aquel terrible día, en que han de ser juzgadas hasta las mismas obras justas, os pase Dios en cuenta todas las penas, todos los cuidados, y todos los disgustos que habeis padecido por elevaros en la tierra? ¿Quereis que mire como tiempo bien empleado el tiempo que habeis sacrificado al mundo, á la fortuna, á la fama, y á la elevacion de vuestro nombre y familia, como si solamente vivierais en la tierra para vosotros mismos, y que ponga en el numero de vuestras obras santas, aquellas que no han tenido mas fin que la ambicion, la soberbia, la envidia, y el interés, y que cuente vuestros vicios entre vuestras virtudes?

¿Qué podreis decir al Señor quando esteis para morir, quando éntre en juicio con vosotros, y quando os pida cuenta de un tiempo que solamente os habia concedido para que le empleaseis en glorificarle y servirle? ¿Le direis entonces: Señor, yo he conseguido victorias, he servido con honor y utilidad al Principe y á la Patria, y he adquirido grande reputacion entre los hombres? ¿Ah! No habeis sabido venceros á vosotros mismos; habeis servido con utilidad á los Reyes de la tierra, y habeis despreciado el servicio del Rey de los Reyes; habeis adquirido grande reputacion entre los hombres, y vuestro nombre es desconocido entre los escogidos de Dios; tiempo perdido para la eternidad. ¿Le direis; yo he sabido dirigir unas negociaciones muy penosas, he concluido tratados importantes, he manejado los intereses y fortuna de los Principes, he tenido parte en los secretos y consejos de los Reyes? ¿Ah! habeis concluido tratados

y alianzas entre los hombres, y habeis quebrantado mil veces la santa alianza que habiais hecho con vuestro Dios; habeis manejado los intereses de los Principes, y no habeis sabido gobernar los de vuestra eterna salud; habeis tenido parte en los secretos de los Reyes, y no habeis conocido los secretos del reyno de los cielos: tiempo perdido para la eternidad; ¿le direis; yo he acomodado á mis hijos, he ensalzado á mis parientes, he sido util á mis amigos, y he aumentado el patrimonio de mis padres? ¡Ah! habeis dejado bien acomodados á vuestros hijos, y no les habeis dejado el temor del Señor, criandolos y fundandolos en la fé y en la piedad; habeis aumentado el patrimonio de vuestros padres, y habeis disipado los dones de la gracia, y el patrimonio de Jesu-Christo; tiempo perdido para la eternidad. ¿Le direis; yo me he dedicado con mucha intension al estudio, he enriquecido al público con obras utiles y curiosas, he perfeccionado las ciencias con nuevos descubrimientos, me he aprovechado de mis grandes talentos, y los he hecho utiles para los hombres? ¡Ah! El gran talento que se os había confiado era el de la fé y la gracia, y de éste no os habeis aprovechado; fuisteis habiles en las ciencias de los hombres, y siempre habeis ignorado la ciencia de los Santos; tiempo perdido para la eternidad. ¿Le direis por ultimo; yo he pasado la vida en cumplir con las obligaciones y cargos de mi estado; me he adquirido amigos, y he sabido dar gusto á mis Gefes? ¡Ah! habeis tenido amigos en la tierra, pero no los habeis adquirido en el cielo; no habeis dejado cosa alguna por hacer para agradar á los hombres, y nada habeis hecho por agradar á Dios; tiempo perdido para la eternidad.

Oh! católicos, qué funesto vacío hallará la mayor parte de aquellos hombres que han gobernado los estados y los Imperios, que parece hacian mover todõ el Universo, que merecieron los primeros puestos, que eran

el asunto de todas las conversaciones, de los deseos y esperanzas de los hombres, que ocupaban casi ellos solos toda la atencion de la tierra; que llevaban sobre sí el peso de los cuidados y negocios públicos; ¿qué vacío hallarán, vuelvo á decir, en toda su vida á la hora de su muerte? quando al mismo tiempo los dias de una alma santa y retirada, que miraron como dias oscuros y ociosos, parecerán llenos, ocupados, señalado cada uno de ellos con alguna victoria de la fé, y dignos de ser celebrados con canticos eternos.

Meditad, católicos, estas santas verdades; el tiempo es corto, es irreparable, es el precio de vuestra eterna felicidad; solamente se os ha concedido para que os hagais dignos de ella; inferid de aqui lo que debeis dar al mundo, á los placeres, á la fortuna, y á vuestra salvacion. Hermanos míos, dice el Apostol, el tiempo es corto, usemos, pues, del mundo como si no usásemos de él; poseamos nuestros bienes, nuestros puestos, nuestras dignidades, y nuestros titulos como si no los poseyésemos; gocemos del favor de nuestros Gefes, y de la estimacion de los hombres como si no lo gozáramos; todo esto no es mas que una sombra que huye y desaparece; no contemos por verdaderos en toda nuestra vida mas que los instantes que hubieremos empleado para el cielo. Amen.



SERMON  
PARA EL MARTES  
DE LA SEMANA  
DE PASION.  
SOBRE LA SALVACION.

*Tempus meum nondum advenit; tempus autem vestrum semper est paratum.*

Mi tiempo no ha llegado todavia, pero el vuestro siempre está pronto. *Joann. 7. v. 6.*

**E**L mismo argumento que hoy hace Jesu-Christo á sus parientes segun la carne, que le instaban á que se manifestase al mundo, y fuese á Jerusalén á dar muestras de sus talentos, podia yo tambien hacer á la mayor parte de los que me oyen. Siempre está pronto el tiempo que necesitan para su fortuna, para su elevacion, y para sus placeres; nunca les falta tiempo para adquirir bienes y fama, ni para satisfacer á sus pasiones; este es el tiempo del hombre: *Tempus vestrum semper est paratum.* Pero el tiempo de Jesu-Christo, esto es, el tiempo de trabajar para su salvacion, nunca llega, le dilatan, le diferencian, esperan siempre á que llegue, y nunca acaba de llegar: *Tempus autem meum nondum advenit.*

Los

Los mas leves intereses de la tierra los traen inquietos, y no omiten diligencia alguna para conseguirlos, porque; qué otra cosa es el mundo, cuyos engañosos caminos siguen, mas que una continua inquietud, en la que las pasiones lo ponen todo en movimiento, en la que el descanso es el unico placer que no se conoce, en la que los cuidados se tienen por honor, en la que los que viven tranquilos se tienen por desgraciados, en la que todo es trabajo y afliccion de espiritu; y finalmente, en la que todo es un continuo engaño é inquietud?

Verdaderamente, católicos, que al ver á los hombres tan ocupados, tan activos, y tan constantes en los medios que practican para conseguir sus fines, parece que trabajan para unos años eternos, y para conseguir unos bienes que deben asegurarles su felicidad; parece imposible que con tantos cuidados é inquietudes no se propongan otro fin mas que adquirir una fortuna, cuya duracion apenas iguala á la de los trabajos con que la han merecido; y que una vida tan rapida se pase en buscar con tantas ansias unos bienes que han de acabarse con ella.

Con todo eso, un engaño, que por poco que se reflexione se destruye facilmente, ha llegado á ser el error de la mayor parte de los hombres. En vano nos llama la religion á unos cuidados mas sólidos y necesarios: En vano nos anuncia que el trabajar por las cosas perecederas es juntar á mucha costa unos montones de arena, que segun los vamos levantando, vuelven á caer sobre nuestras cabezas; que el mas alto punto de elevacion á que podemos llegar acá en la tierra, siempre es prelude de nuestra muerte, y puerta de la eternidad; que solamente es digno del hombre lo que debe durar tanto como el hombre: Los cuidados de las pasiones siempre son penosos y serios, y solamente los pasos que damos por el cielo son debiles y flacos: Solamente á la salvacion miramos como cosa de poca im-